

Espacios de sociabilidad vasca en la Pampa húmeda, Argentina. Divertimento y funcionalidad

(Basque sociability spaces in humid Pampas,
Argentina. Leisure and functionality)

Iriani Zalakain, Marcelino

IEHS-UNICEN. Pinto 399. 7000 Tandil. Buenos Aires. Argentina

BIBLID [1136-6834 (2003), 33; 319-332]

Recep.: 01.04.2003

Acep.: 17.10.2003

Los inmigrantes vascos provenían de sitios donde la reunión social era algo indispensable. Eso nos llevó a pensar si acaso el éxito económico de los espacios de sociabilidad euskaldunes pampeanos, principalmente fondas y hoteles, no se debió a que se presentasen como lugares destinados a la reunión social. Ello debió colaborar fuertemente en la conformación de una identidad étnica.

Palabras Clave: Déficit habitacional. Fondas. Funcionalidad. Subalquiler. Ocio.

Jendea elkartzea ezinbestekoa gertatzen zen lekuetatik zetozen euskal inmigranteak. Horrek pentsarazi zigun ea Panpako euskaldunen soziabilitate guneen arrakasta ekonomikoa, ostatuena eta hotelena bereziki, ez ote zen jendea biltzeko toki gisa aurkeztu izanaren ondorio. Horrek biziki lagundu behar izan zuen identitate etniko bat moldatzen.

Giltza-Hitzak: Etxebizitzaren defizita. Ostatuak. Funtzionalitatea. Berriro alokatzea. Aisia.

Les immigrants basques provenaient d'endroits où la réunion sociale était indispensable. Nous sommes posé la question de savoir si, peut-être, la réussite économique des espaces de sociabilité euskaldunes de la pampa, principalement des auberges et des hôtels, n'était pas due à ce qu'ils étaient présentés comme des endroits destinés à la réunion sociale. Cela a dû contribuer de façon importante à la formation d'une identité ethnique.

Mots Clés: Déficit d'habitation. Auberges. Fonctionnalité. Sous-louage. Loisirs.

INTRODUCCIÓN

Mis comentarios girarán en torno a un conjunto de situaciones y experiencias que he visualizado en forma recurrente mientras investigaba a los vascos en los últimos años. Un conjunto de situaciones obvias, si se quiere, pero que cobran algún valor cuando se las presenta agrupadas. En realidad, las cosas obvias, esas que siempre estuvieron delante nuestro, son las más difíciles de divisar. Mi preocupación escapaba al ámbito capitalino y las grandes ciudades, como también al período tardío o masivo. Esto no fue tanto una decisión preliminar como la consecuencia de las características sobresalientes de este grupo, esto es, la movilidad geográfica desde el mismo momento del arribo a mediados de 1840 e incluso una posterior tendencia a la residencia rural. Esta situación se presentó como un desafío interesante, toda vez que no tuve a la mano un marco teórico ni experiencias de otros grupos para cotejar.

De todos modos, ya en la ciudad puerto o en cualquier sitio fuera de ella, los vascos llegaban (aunque en forma temprana) a un escenario que estaba lejos de estar montado para incorporarlos. Cientos de hombres jóvenes y solteros que se dirigían a zonas donde hasta ese momento sólo había existido una guarnición militar o unas pocas casas, no tenían donde pasar las primeras noches e incluso donde comer. Una solución inicial, dado que la construcción no era un trámite sencillo, fue el subalquiler de piezas por parte de connacionales previamente instalados; este culminó con frecuencia (al tratarse de una mayoría masculina y soltera que demandaba otros servicios como comida), en la conformación de una fonda o un hotel. Pero el arribo a escenarios que había que montar casi desde la nada, les obligó a buscar soluciones que excedían lo personal e inmediato.

Al observar el número de fonderos/hoteleros vascos hacia fines del XIX, nos preguntábamos si se trataba sólo de una iniciativa empresarial o acaso detrás de ella se ocultaba algún fenómeno más complejo, que complementase dicha experiencia económica altamente rentable emprendida por un número considerable de euskaldunes. Pronto nos dimos cuenta que el fenómeno estaba ligado a múltiples líneas de investigación secundaria. La pronunciada movilidad geográfico-ocupacional de ese grupo y en no menor medida al autoreconocimiento y construcción de una identidad en el nuevo lugar (tema que aunque no será expuesto aquí está ligado al ambiente étnico que se recreaba en esas fondas y que eran un atractivo fundamental), era uno de ellos. Pero posiblemente el camino que se abría ante nosotros tenía mucho que ver con las características del escenario adonde arribaban los vascos. Concretamente, el impacto habitacional y la ausencia del Estado en todos los rincones del territorio que inundaba de problemas a los recién llegados. El déficit habitacional producido con la llegada ininterrumpida de los inmigrantes, era sólo uno de los aspectos del problema. La ausencia de créditos, correo, sanatorios, velatorios, sitios para hospedarse hasta conseguir un techo, otros tantos.

Los problemas, de alguna manera se solucionaban. Sólo quedaba seguir viviendo, aunque en un lugar distinto, nuevo. Pero vivir no era trabajar de sol a

sol. Los inmigrantes venían de sitios donde la reunión social era algo indispensable; encuentros más o menos periódicos según la ubicación de sus viviendas. Y entonces comprendimos que el éxito de esos espacios de sociabilidad en manos de euskaldunes, principalmente fondas y hoteles, se debía también a que se presentaban como lugares destinados a la reunión social, ya en forma cotidiana para jugar mus o pelota, ya para celebrar un acontecimiento de la colectividad, ya para una romería. Todo ello, aunque no es el lugar para explayarme, tenía como resultado la conformación de una identidad étnica (y el reconocimiento de la colectividad por el resto de la sociedad) y cierta influencia en la experiencia total del proceso de integración y asimilación de los vascos en la pampa.

Las Cédulas Censales se presentan, entre otras, como una fuente interesante (y poco abordada) para recuperar dicha problemática rioplatense.

LOS VASCOS COMO GRUPO

Conocer el grupo debería informarnos sobre sus potenciales necesidades etarias y civiles y por tanto imaginar a priori las claves del éxito en la instalación de una fonda u hotel (inclusive alquiler de casas de familia) para algunas zonas nuevas de la pampa húmeda. La conformación por sexo y laboral podría indicarnos alguna pista. Lo primero pensando en las consecuencias de grupos familiares u hombres solos; lo segundo en tendencias a marchar a la zona rural o no. En cada sitio había que hacer jugar también la producción dominante; si era un enclave productivo o no; la cercanía desde Buenos Aires; la frontera con el indio... etcétera. Como uno de los supuestos de nuestro trabajo es que las fondas/hoteles vascos surgirían en aquellos sitios donde la colectividad fuese numerosa, hemos escogido localidades laboralmente atractivas a los euskaldunes (por lo general enclaves productivos): Barracas al Norte, Barracas al Sud, Chascomús, y dos casos fronterizos: Tandil y Lobería.

Como era de esperar, la conformación del grupo pirenaico no difiere mayormente en cuanto a su composición general del resto de los conjuntos inmigrantes. En su mayoría hombres solteros –aunque con una presencia interesante de familias que viajan juntas o terminan de juntarse en el nuevo destino–, en edades que rondan los veinte años; sosteniendo un flujo que durante buena parte del siglo XIX estuvo mayormente conformado por gente que provenía del sector rural, tendencia que se revierte a fines de siglo XIX y principios del siguiente –con la excepción de Alava y parte de los vascos franceses– cuando lo hacen principalmente de pueblos y ciudades. Su partida temprana –sólo compartida con unos pocos franceses, irlandeses y daneses– es acaso la primer diferencia que observamos; característica que se convertirá en clave para el desarrollo peculiar de sus experiencias de inserción e integración en el litoral rioplatense.

El siguiente cuadro refleja claramente la distribución sexual de los vascos (y las posibles consecuencias habitacionales y clientelísticas que de ello se desprende) en los puntos en cuestión.

Cuadro 1. Componente sexual de la comunidad vasca en cinco puntos de la Provincia de Buenos Aires, 1869

Sitio	Masculino	Femenino
Barracas al Norte	64,57 %	35,43 %
Barracas al Sud	64,79 %	35,21 %
Chascomús	74,89 %	25,11 %
Tandil	76,31 %	23,69 %
Lobería	88,11 %	11,89 %

Fuente: Cédulas Censales, "Primer Censo Nacional", 1869, Sala x, A.G.N.

Nótese la presencia decreciente de mujeres a medida que nos alejamos del puerto de arribo. Las cifras femeninas de la zona de Barracas pueden reflejar la situación de aquellas mujeres que han venido junto a sus maridos (y que posiblemente ahora se encontraban solas mientras aquellos continuaron hacia el sur) pero también, principalmente, a ese grupo minoritario de mujeres vascas que emigraba sin pareja, aunque a la búsqueda de familiares. Los hombres solteros que se internaron tierra adentro serán quienes golpeen las puertas de otros euskaldunes antes instalados y pidan fiado (cama y comida) al fondero hasta conseguir trabajo. Las mujeres jóvenes y solteras tenían, seguramente, menos problemas para conseguir un lugar donde vivir. Convertirse en sirvientas con cama adentro era la solución más sencilla; ofrecer sus servicios al fondero a cambio de comida y cama la que aparece como más frecuente; formar pareja (en aquel contexto de desequilibrio demográfico) una vía más probable aún.

Cuadro 2. Estado civil de los vascos en cuatro puntos de la provincia de Buenos Aires, 1869. Porcentajes

Sitio	Solteros %	Casados %	Viudos %
Barracas S.	45,99 %	48,76 %	5,23 %
Chascomús	57,17 %	38,99 %	3,83 %
Tandil	61,03 %	36,34 %	2,63 %
Lobería	74,15 %	23,76 %	2,08 %
Totales	50,30 %	42,19 %	4,44 %

Fuente: Cédulas Censales, "Primer Censo Nacional", 1869. Sala X, A.G.N.

Como era previsible, la composición sexual y los estados civiles son inicialmente coincidentes con el grado de avanzada de los hombres solteros hacia el interior de la provincia. Es importante tener en cuenta dos tendencias que caracterizan a los vascos: la movilidad geográfico-ocupacional y la instalación en zonas rurales.

COMER, DORMIR, DIVERTIRSE

Recordemos, brevemente, como era el escenario que encontraban los inmigrantes que llegaban desde alrededor de 1840. Se encontraban frente a un importante “vacío demográfico” (agravado por la ausencia de varones en edades activas por estar abocados a la guerra); grandes distancias a recorrer; un aparato productivo que se transformaba y diversificaba para insertarse en la economía mundo; un Estado ausente (hasta por lo menos 1880). A primera vista se pueden deducir dos resultados evidentes: mucho trabajo pero en un espacio no preparado para albergar a los recién llegados. Algunas citas de viajeros o contemporáneos de la segunda mitad del XIX son ilustrativas.

“Vamos a ver si te encontramos una colocación en la campaña, pues en Buenos Aires requiérese algo más de instrucción que la tuya. Mientras sale la colocación, que no tardará arriba de 2 ó 3 días, comerás con los peones del registro y puedes venir a dormir aquí, encima de algún mostrador”¹.

Las fondas y hoteles (y en sus inicios el subalquiler de piezas) al igual que los conventillos, surgieron en forma espontánea y casi obligadamente en muchos sitios de la pampa. Un espacio nuevo desbordado por el flujo incesante de inmigrantes no podía presentar otra cosa que un déficit habitacional; sobre todo en los nuevos pueblos donde había que construir todo desde la nada o en el mejor de los casos desde los límites de una guarnición militar construido para la defensa contra los indios. Si los inmigrantes arribados con posterioridad a 1880 encontraron pueblos demográficamente “desbordados”, los que lo hicieron antes de esa época no debieron hallar un paisaje edilicio menos desolador: los sitios donde llegaban consistían en unas pocas casas.

Acompañemos a un viajero del siglo XIX, observador de criterio y detallista, Armaignac. De su paso por Barracas en 1868, dejó escrito

“El trayecto entre Buenos Aires y Barracas no ofrecía en aquel entonces nada interesante; el paisaje era bastante monótono, pues sólo se encontraban campos incultos, ranchos de chorizo o de adobe con techo de paja. Pronto llegamos a un pueblo de calles fangosas bordeadas de casitas mal construidas y mal ventiladas. Tropezábamos de vez en cuando con algunos espantosos negocios decorados con el nombre de hotel o de café; allí veíamos hombres semidesnudos, cubiertos de sangre y hablando en vasco”².

¿Esos vascos peones de matadero o saladero eran huéspedes de los hoteles? Sobre lo que no quedan dudas es que la necesidad edilicia para unos era

1. Fragmento del capítulo III: “El protector” del cuento de Francisco Grandmontagne: *Teodoro Foronda*, extraído de *La Vasconia* n° 112, 1896. En esta parte del relato, un muchacho de 15 años llega recomendado a un comerciante por su hermano que vive en el mismo pueblo de donde él viene: Soria.

2. ARMAIGNAC, H.: *Viaje por las pampas argentinas*, Bs.As., 1976.

una salida laboral rentable para otros. Los 15 ladrilleros, 4 herreros, 27 carpinteros y 7 albañiles vascos que encontramos en Barracas al Norte en 1869, como así también los 11 horneros, 24 albañiles, 42 carpinteros y 19 herreros vascos de Barracas al Sud en el mismo año, hablan a las claras de lo urgente que se presentaba el negocio de la construcción³.

Armaignac siguió viaje al sur, seguramente por el mismo camino (posiblemente el único transitable) que seguiría la mayoría de los viajeros y cada noche hace una parada a dormir. Este itinerario resulta interesante porque no debió diferir mucho, salvo con el mayor o menor apuro y dinero que contaban, con los inmigrantes vascos.

Al llegar a Dolores,...

“Era muy tarde cuando llegamos a una pulpería donde nos detuvimos a pasar la noche. La posada me pareció muy poco confortable y me preguntaba en qué forma nos iban a tratar. No veía yo más que una casucha baja de paja y barro, techada con juncos y dividida en dos partes. Una era el almacén, la otra parecía ser una habitación; también había una cocina chica en medio del patio y a un costado un recinto o corral en que estaba encerrado un rebaño de ovejas.....

Mal que habíamos comido, pero teníamos que acostarnos y no veía cama por ninguna parte. Como entre los pasajeros había señoras, pensé que se les destinaría a ellas la piecita de que antes hablé y que seguramente sería un dormitorio. Pero en ese caso ? adonde nos meterían a nosotros? Estaba en estas reflexiones, cuando vi llegar a la trastienda al dependiente del almacén con dos catres de tientos, sábanas, almohadas y frazadas. Los catres no eran malos pero no había más que dos y nosotros éramos seis. Cuando todo estuvo listo, nos hicieron salir, entraron las dos damas y se cerró la puerta. Nos llevaron luego a la habitación que eran nuestra última esperanza, pero no era tal cosa sino una sala de billar. En ella habían armado dos catres de tientos y se había dispuesto otro camastro en el suelo con unas pieles de oveja a guisa de colchón; finalmente el billar propiamente dicho estaba transformado en una gran cama de campaña”.

Si cerca de Buenos Aires la situación se tornaba difícil, trescientos cincuenta kilómetros hacia el sur era decididamente aventurada. Al quinto día de viaje del francés Armaignac:

“Cuando llegó la noche tuvimos que volver a detenernos en otra pulpería para pasar la noche. En la pulpería que nos servía de albergue había ya muchas personas cuando llegamos, de modo que al sentarnos a la mesa tuvimos que apretarnos un poco... la vajilla no alcanzaba para todos, la mitad de los platos estaban rotos y los vasos eran tres o cuatro... algunas personas bebían de la botella”.

3. Cédulas Censales. “Primer Censo Nacional, 1869”. Bs.As., A.G.N.

Un día después, después de andar noventa kilómetros y aún faltándole sesenta más para llegar a Tandil, llegaron a un rancho al atardecer y le pidieron al dueño si podía darles algo de comer y albergue por esa noche.

“En el desierto rara vez se encuentran comodidades; hasta las camas son casi desconocidas en la mayor parte de los ranchos... Había en la cabaña un mal camastro que mi huésped tuvo la amabilidad de ofrecerme. Cuando fui a acostarme, me di cuenta de que las sábanas eran de un color que se acercaba más al negro que al blanco y parecían tener varios meses de uso...”

Pero que aquellos caseríos estuvieran casi “vacíos” no era lo peor; aunque en la pampa sobraban tierra y pajonales (elementos básicos para construir una vivienda), no abundaban otros materiales también imprescindibles (ladrillos, madera, hierro, clavos) para los decididos a emprender una autoconstrucción. Esta situación, como esperar turno con el herrero que no podía cumplir con todos los pedidos o el carretero que prometió completar la mudanza, debió ser moneda corriente. Para tomar dimensiones de problema que tratamos aquí, tengamos en cuenta que Tandil pasó de 400 habitantes en 1823 a 689 personas en 1836 (322 en la zona urbana)⁴; en 1854 la población rural alcanzaba la cifra de 2.210 personas, mientras que la urbana sumaba 689. Pero quince años más tarde, el poblado albergaba 2.181 personas (44% de la población) y la zona rural el resto hasta completar 4.870 personas. Hacia el final del período que nos interesa, más precisamente 1881, la población urbana llegó a la cifra de 3.651 personas (40,6% del total del partido)⁵.

Con estos elementos sobre la mesa no es difícil imaginar los problemas que ocasionaría cada nuevo vecino que llegase entre 1850 y 1880 a cualquier pueblo bonaerense. Tampoco es difícil comprender la rentabilidad de los 17 ladrilleros vascos, los 10 carpinteros y los 4 carreteros que se encontraban allí en 1869, los que debieron estar saturados de pedidos.⁶ Mientras tanto había que acomodarse en algún lugar; y dado que las fondas no surgieron hasta mediados de lo 1860 y los hoteles no lo hicieron antes de la último cuarto de siglo, los caminos de los vascos debieron terminar (con o sin información previa) en la casa o comercio de un connacional.

Un viajero irlandés, Mac Cann, recorriendo la provincia en 1848 ya había observado esta falta de sitios para cobijarse. Al llegar a una estancia, luego de dejar los pagos de la Magdalena, experimentó lo siguiente

4. ALVAREZ, N. y MIGUEZ, E.: “De la vida y la muerte en una sociedad de frontera. Un análisis de la mortalidad en Tandil (Bs. As) en la segunda mitad del siglo XIX” en *Actas de Primeras Jornadas de Historia Argentino Americana*, Tandil 22 al 24 de Septiembre de 1983.

5. “Registro Estadístico Provincial” (1854); “Primer Censo Nacional” (1869) en A.G.N. Y “Primer Censo Provincial” (1881) en *Archivo General de la Provincia de Buenos Aires*, La Plata.

6. Cédulas Censales. “Primer Censo Nacional”, 1869. A.G.N.

“La señora, que no había oído hablar nunca de nosotros, nos invitaba a entrar, sin ninguna carta de recomendación, por el sólo hecho de presentarnos allí necesitados. *Las posadas y hoteles no existen en las pampas* y el viajero debe atenerse a la hospitalidad de las gentes”⁷.

Teniendo en mente la frase que abre este trabajo, no es casualidad que los almacenes se presentasen como un recurso fundamental al momento de buscar alternativas para descomprimir el déficit habitacional; contaban (frente al común de las viviendas) con un espacio adicional vacío que era el salón de atención al público

Si bien el caso de MacCann es extremo por su carácter de viajero, las deficiencias de aquél espacio en formación debieron ser mayormente sentidas, sobre todo en el período anterior a 1880, por quienes optaran por no quedarse cerca del puerto de llegada.

“En la tarde del día en que partí, llegamos a una chacra donde nos detuvimos a pasar la noche. El propietario era también dueño de un almacén. Aquella noche comimos un armadillo..., *empezamos a barrer el piso del almacén y tendimos las camas en el suelo*”⁸.

Los vascos se ocuparon en un espectro laboral (y geográficamente) amplio; a este fenómeno debemos añadir el hecho de que la economía del litoral era mayoritariamente estacional. En algunas casas o comercios de vascos se hizo lugar a esta población flotante, lo que beneficiaba a sus dueños y a los hospedados ya que podía (en un principio) cobrarse una suma “simbólica”. Se puede pensar entonces que la aparición de las casas de familia, fondas y primeros hoteles vascos no estuvo ligado a regiones con alguna producción específica⁹ sino más bien a zonas nuevas de ocupación. Núcleos que poseían una cantidad considerable de inmigrantes que (por distintos motivos) no estaba dispuesta ni en condiciones de hacerse propietaria de una vivienda en el pueblo.

Un vasco radicado en Tandil, Francisco Juldain, en sus memorias escritas en 1884 nos ilustra a propósito del problema habitacional entre 1850/60:

“Hasta 1857 no había fondas ni casas de hospedaje; los forasteros que nos visitaban eran generalmente alojados en las casas de comercio, en cuyos extensos corralones se hacían grandes asados que se comían en comunidad”¹⁰.

7. MACCANN, W.: *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Bs.As., ed. Solar-Hacchete. 1969, p. 49.

8. *Ibidem*.

9. Como sí sucedió en el oeste americano, donde se asocia esta aparición a pueblos ganaderos, principalmente de ovinos. Ver DOUGLASS, W. y BILBAO, J.: *Amerikanuak. Los baskos en el Nuevo Mundo*, Servicio Editorial de la UPV, 1986.

10. “El Tandil de hace 30 años” en *El eco del Tandil*, 18/05/84.

CASAS DE FAMILIA, COMERCIOS Y FONDAS

Otra cosa que nos preguntábamos, y no debió ser un tema menor al momento de decidir quedarse o retornar, era dónde dormían y comían cada día los inmigrantes en un lugar que no estaba preparado para atenderlos. Ya hemos observado, aunque no es este el lugar ni el momento para explayarnos sobre ello, que el primer sitio –salvo que viniesen llamados por alguien– adonde concurría un inmigrante era la casa de un paisano que pudiese hacerle un lugar para las primeras noches. El período, naturalmente, podía extenderse y pasar a mantener ese servicio a cambio de un pago simbólico o retribuyéndolo con trabajo, principalmente en el caso de las mujeres. En la medida que el flujo migratorio se hizo sostenido –principalmente cerca del puerto–, muchas de esas casas que subalquilaban cuartos se lanzaron a conformar pequeños emprendimientos como fondas o pensiones.

Todo hace suponer que a medida que nos alejamos de sitios donde existían concentraciones de vascos importantes (Barracas o Chascomús) hacia espacios donde entonces eran menores (Tandil, Lobería), resultaba más difícil establecer fondas y más frecuente encontrar convivencia habitacional entre vascos, franceses y españoles. Más allá de que al sur del río Salado la mayoría de las localidades eran mayormente rurales, posiblemente Tandil y Lobería presentarían inicialmente mayores oportunidades para que todos sus vecinos accedieran fácilmente a un solar o una quinta y por ende a la vivienda propia. También se podría suponer que los otros puntos observados más al norte fuesen percibidos por sus nuevos pobladores como lugares de inserción demasiado coyunturales y transitorios (o con puestos limitados) para sentar cabeza definitivamente en ellos. Pero también es cierto que puede tratarse (dado el tamaño de las comunidades vascas en cada uno de ellos) de un motivo puramente cuantitativo.

Al observar en las Cédulas Censales las tareas en que se ocupaban los habitantes de fondas y casas subalquiladas, vemos que se trata de personas con trabajos de capitalización lenta. Son, más allá de la cantidad de mujeres y niños (que decrecen en dirección norte/sur), principalmente jornaleros y peones; por parte de los trabajadores autónomos llama la atención la presencia de carpinteros y albañiles (posiblemente de corta estadía en esos sitios y generalmente facultados para la autoconstrucción) y en menor medida de los panaderos y zapateros. Sirvientas, cocineras y planchadoras representan ese sector que se presentaba como funcionalmente indispensable a los establecimientos en cuestión. Es llamativo (pensando en que por lo general podían residir en el mismo negocio en que trabajaban) el número de comerciantes y dependientes. Pero sin ninguna duda, los principales ocupantes de aquellos espacios son niños y madres/esposas, seguidos (aunque de lejos) por aquellos que declararon estar sin ocupación.

Un tema pendiente de mayor investigación es si se trató de un fenómeno típicamente euskaldún (creemos a priori que no) o común a distintos grupos nacionales; y como parte del mismo interrogante, el papel que le cupo a la hotejería vasca en la oferta total de cada sitio. Por ahora sabemos, según una guía

de fines de siglo pasado, que los vascos tenían en sus manos (en algunos sitios) hasta el 60% de la oferta habitacional en cuanto a fondas y hoteles se refiere¹¹.

ALMACENES, FONDAS Y HOTELES. SU DOBLE FUNCIONALIDAD

La movilidad geográfica de los vascos por la provincia de Buenos Aires entre 1860 y principios de este siglo bien pudo apoyarse en saltos entre fondas y hoteles atendidos por paisanos. El uso, por diferencias idiomáticas notables, debió igualmente ser menos imprescindible en Argentina que en el oeste americano. Pero como dijimos, durante la etapa temprana en los pueblos nuevos de la provincia todo estaba “por hacerse”. Un Estado dedicado a guerras externas e intestinas y luego a solucionar los obstáculos de la elite agroganadera para exportar, contribuía a la aparición de una infinidad de deficiencias en aquellos. La salud, la vivienda, como el aparato financiero fueron sobrellevados por los mismos actores, ensayando soluciones alternativas. Las comisiones de vecinos que se conformaban para contrarrestar los problemas habla a las claras de esa participación. Primero el almacén, luego la fonda y por último el hotel mejoraron poco a poco el servicio de caja de ahorros, crédito, sanatorio, espacio social y vivienda. La necesidad de un lugar donde pasar la noche en un pueblo de frontera como Tandil estuvo desde un principio, pero se agravó desde 1850. Por un lado la llegada de inmigrantes y migrantes internos que no siempre tenían donde ir hasta ubicar un empleo; en segundo lugar por que esas personas no construían –por la lentitud del ahorro o el potencial retorno– su vivienda en forma inmediata; tercero, porque hacía falta un lugar de reunión social; por último, por que la gente de campo (muchos de ellos vascos) concurría cada vez con más frecuencia a la ciudad a hacer trámites y “pasaba” por la fonda o el hotel. Se puede pensar, entonces, en las fondas y los hoteles como intentos de cubrir demandas insatisfechas en los nuevos pueblos del interior –que escapaban a los almacenes–, sin olvidar el aspecto comercial de los mismos. Inevitablemente, luego se convirtieron en ámbitos de sociabilidad de una parte de la colectividad vasca.

Hacia 1880 algunas casas de familia que subalquilaban cuartos a sus paisanos recién llegados, salen del anonimato. Así, cuando el flujo de inmigrantes se hizo sostenido, en aquellos pueblos donde antes se ofrecía un plato de comida y techo temporal a cualquier paisano recién llegado, ahora se cobraba. Esto no niega que hubieran seguido las recomendaciones y que –muchas– apuntaran ahora “a estipular un buen precio o cobrarle cuando consiguiera trabajo”; tampoco que hubiera huéspedes no vascos. Muchas de ellas, principalmente en las que el matrimonio propietario no tenía hijos, contrataban –o cambiaban trabajo por hospedaje– una o dos cocineras, una sirvienta y un dependiente; otros, debían contar con un encargado de la caballeriza. El número de hombres solos que iba hacia los pueblos de frontera obligaba inicialmente, aunque todos no pasaran la noche en la flamante fonda, a reforzar el trabajo en la cocina.

11. *La guía argentina*, Buenos Aires, H. Montheil y Cía, 1897.

Cuando el hotel desplaza a las fondas –principios del siglo XX-, los clientes provenían mayoritariamente de la zona rural aledaña. Desde fines del siglo XIX distintos procesos actuaban como aceleradores de ese cambio. En primer lugar, muchos inmigrantes de la primer época habían adquirido tierra en las afueras del pueblo o prosperado en distintos oficios “urbanos” y esperaban una mayor oferta de servicios de las antiguas fondas. Entre otras cosas, más confort para sus familias; un lugar social donde reflejar los progresos económicos ante la sociedad por medio de fiestas; y continuidad en el trato familiar, servicios extras de pagos, casilla de correo, mensajes, oficina de empleo, etcétera. Al mismo tiempo, un mayor control de los servicios y la higiene de los establecimientos públicos llevado a cabo por los municipios, presionaba sobre la “desprolijidad” e informalidad de las fondas.

En realidad, algunos de los servicios brindados por aquellas fondas y hoteles –guardar dinero, pasar mensajes, ofrecer y buscar empleos– encuentran sus raíces en otros comercios anteriores: los almacenes y casas de ramos generales, también en manos de extranjeros. Era común en los pueblos nuevos que este tipo de comercio cumpliera sobradamente las demandas. Ya habíamos adelantado la importancia de estos almacenes en el poblamiento –asentamiento– real de estas zonas nuevas; el hecho de que muchas de ellas estuvieran en manos de vascos debió contribuir notablemente en la buena imagen que los nativos conformaron sobre ellos. A los servicios que hemos mencionado, cabe agregar que hicieron las veces de paradas de diligencia y recambio de caballadas.

En todos los puntos mencionados las fondas y hoteles se encontraban cercanas al centro del poblado. En Tandil se ubicaban desde el centro en dirección norte, lo que significaba el lugar de entrada y salida hacia Buenos Aires. El camino principal era preferido por los almacenes y casas de ramos generales y más tarde por las fondas y hoteles; en todos los casos para hacer las veces de paradas de diligencias y carretas. Posteriormente surgieron algunos hoteles cerca de la estación del ferrocarril (H. Victoria y H. Francés) mientras que otros buscaron asentarse frente a las paradas de los primeros autobuses. La cercanía física entre los hoteles vascos podría conducir a la sospecha de que buscara conquistar clientes de los establecimientos vecinos.

Cabe recordar que los establecimientos en cuestión aparecieron unos años después de la llegada de inmigrantes vascos a la zona. La presencia de esa comunidad minimizaba el riesgo de la inversión asegurando un mínimo de clientela. Por otra parte, los mismos fonderos y hoteleros eran por lo general miembros de la colectividad, tomando en cuenta que muchos de esos establecimientos surgieron en casas de familias.

La diversidad de servicios que brindaba el hotelero excedía lo meramente étnico, para cubrir necesidades físicas elementales del pueblo. En las fondas se podía dejar mensajes, recibir cartas y confiar ahorros; pero también pasar la noche, comer, realizar una fiesta, alojar una parturienta o velar un finado.

En síntesis, la fonda y el hotel –y junto a ellos o precediéndoles algunas viviendas– de propietarios vascos jugaron entre 1860 y 1930 un rol socioeconómico importante en distintos puntos de la provincia de Buenos Aires. Vinieron a mejorar la oferta de servicios que cumplieran hasta ese momento las casas de ramos generales y los almacenes. La sociedad bonaerense, tanto por su carácter formativo como por el desborde que ocasionaba la llegada masiva de inmigrantes, recurrió a similares recursos que las ciudades industriales europeas: el subalquiler de casas de familia y las fondas.

Hacia fines del siglo pasado, modestos hoteles comenzaron a reemplazar a las fondas, prestando servicios principalmente a la gente de campo que iba a realizar trámites a la ciudad. Era la “casa en la ciudad”; lugar seguro donde dejar un familiar enfermo, dinero en la caja o dirección donde recibir una carta. Establecimientos que nuclearon a los vascos y reforzaron la identidad de la colectividad ante el resto de la sociedad.

EL OCIO ENTRE LOS INMIGRANTES

La vieja imagen de los inmigrantes trabajando como máquinas para ahorrar dinero y regresar pronto a sus casas, fue desechada hace bastante tiempo. Baste con ver huellas de frontones, bares y sitios donde se animaban periódicas romerías para justificar la nueva visión, más realista por cierto, sobre la que se reconstruye la vida cotidiana de aquellos.

Los acercamientos entre vascos en el nuevo lugar no fueron pocos, aunque por lo general se trató de emprendimientos poco extraordinarios. Nos referimos, en primer lugar, al acercamiento espontáneo entre connacionales fuera del lugar de origen. Estos emprendimientos, de los que participaron la mayoría de los vascos –y posiblemente de los extranjeros–, se expresaban en reuniones periódicas en las fondas, en el frontón, en los lugares de trabajo, en la capilla y se reflejaban, por ejemplo, en actitudes como préstamos de dinero, contratación de trabajadores, testificación o firmas en trámites de vascos iletrados. Junto a esto, las fondas y luego los hoteles comenzaron a ser centros de reunión de algunos vascos para jugar al mus o pelota y tomar la copa. La costumbre de conversar o divertirse un rato después de cada jornada de trabajo fue un elemento pronto a recuperar en tierras bonaerenses. Si no existían esos espacios había que conformarlos; idénticos a los de Europa o aceptando elementos propios del nuevo lugar. En ese ámbito, la cultura de todos los días, tuvo lugar la preservación de las pautas culturales y de los vínculos con el viejo mundo. Una cultura que, como expresara Bodnar, no era una extensión del pasado sino una amalgama de pasado y presente, de aceptación y de rechazo al nuevo orden. Las reuniones de vascos en fondas u hoteles complementaron en un principio las habituales en almacenes y comercios en general, inclusive las cada vez más frecuentes en los frontones, también en manos de paisanos

En una época tan temprana como 1860 (sólo 10 después de llegados los primeros vascos) se levantaba el primer frontón en Tandil, despertando el entu-

siasmo por el juego pirenaico. Pero fue a fines de ese siglo cuando tomó incremento en forma decidida, principalmente cuando se construyó la cancha del francés Asquet (luego Hotel Francés). Luego se construyó el frontón de Irigoyen (más tarde el Pasatiempo). Posteriormente surgió la cancha de Usandizaga. La cancha denominada de “Los Vasquitos” estaba en la Fonda del mismo nombre. En la cancha de Pedro Irigoyen se organizaron desde 1882 grandes campeonatos a mano limpia y hacia 1885 los vascos jugaban también en la cancha de pelota de la fonda de LA BUENA SOPA. Es indudable que, en una población que osciló en esos veinte años entre cuatro mil y doce mil personas, la presencia de tantas canchas de pelota habla a las claras del tiempo dedicado al divertimento por la colectividad euskalduna.

Reuniones informales para disputar un partido de pelota, de mus o compartir una copa, debieron repetirse en comercios y fondas atendidos por vascos en toda la provincia. No debieron perseguir, seguramente, sólo el entretenimiento. Allí se intercambiarían datos laborales, por ejemplo salarios pagados en otra zonas, precios de animales y de la tierra; inclusive podían ser el punto de partida para el empleo o la asociación entre parroquianos y el lugar apropiado para la obtención de información sobre mujeres vascas solteras. Esto también habla de su funcionalidad al interior de la colectividad. Pero este ámbito social, que era abierto y cuyo éxito económico dependía de atraer también una clientela cosmopolita, servía para intercambiar esos mismos datos con otros vecinos no vascos.

Un ejemplo de la habitualidad de los trabajadores vascos de reunirse, fue observado a fines del siglo XIX en un barrio cercano al puerto.

“Regresando de un baile en una quinta de Flores y resolviendo esperar el primer tranvía de la mañana me metí en la única casa de negocio que encontré abierta en Rivadavia al 6.900. El pequeño negocio consiste en un almacén con marcado aspecto de pulpería y pertenece a un matrimonio euskalduna, vasco francés el marido y vizcaína la esposa. A las cuatro de la mañana aproximadamente empezó a llegar una legión de lecheros, la mayoría vascos, conté durante las dos horas que permanecí allí, 187.. En aquella pulpería se habla un vascuence originalísimo; hacen una mezcla de todos los dialectos que posee la lengua eúskara...”¹².

Las romerías fueron otro ámbito de reunión habitual en la mayoría de los pueblos de la provincia durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del siguiente; y la presencia de vascos constante entre sus organizadores y la concurrencia.

“Romerías Españolas en San Nicolás de los Arroyos. Se celebrarán los días 24, 25, 26 y 27 del presente mes. De los 33 señores que componen la Comisión de fiestas, 18 son vascongados, lo cual demuestra la importancia que en aquella localidad tienen nuestros laboriosos paisanos”¹³.

12. JAIZKIBEL, Luis: “Sección Amena” en *La Vasconia* n° 55, 1895.

13. Notas Locales en *La Vasconia*. n° 77, Bs.As., 1895.

La presencia de vascos en distintos puntos de la provincia justificaba que la revista *La Vasconia* enviara, a fines del siglo pasado, corresponsales a cubrir algunos eventos sociales en ellos. Es común encontrar, en la sección Notas Locales, que

“Las romerías españolas de Lobería y Las Flores se han visto muy animadas. Así nos lo participa nuestro activo corresponsal Sr. Sixto Ibañez, haciendo notar al propio tiempo la gran concurrencia de vascongados. Lo mismo sucedía, el mismo año, en las localidades de Rauch y Bahía Blanca”¹⁴.

Otras veces, los organizadores se ocupaban de enviar los programas y fechas tentativas de la realización de las Romerías.

“Prometen estar muy animadas las romerías que tendrán lugar en este importante pueblo de Chascomús los días 16, 17 y 18 del corriente mes, a juzgar por los grandes preparativos que viene haciendo la comisión de fiestas, compuesta en gran parte de vascongados”¹⁵.

CONCLUSIONES

Los vascos arribaron a la provincia de Buenos Aires desde 1840. Muchos de aquellos dejaron la ciudad puerto preferentemente en dirección centro sur. Estos (y en buena parte también los que quedaron en la gran aldea) debieron enfrentarse a un espacio que no estaba preparado para albergarlos y brindarles los servicios mínimos. Una solución funcional (tan beneficiosa para oferentes como demandantes) fue el subalquiler de piezas por parte de connacionales antes instalados; fenómeno que culminó con frecuencia en la conformación de una fonda o un hotel.

El fenómeno de las fondas y hoteles de propietarios vascos seguramente fue restringido a zonas en formación y con un asentamiento vasco importante. Estas dos variables eran sin duda la clave de su éxito. Posteriormente su carácter abierto, a lo que se sumaba la conversión en parada de carretas y primeros transportes (junto a casilla de correo, caja de ahorros, espacio de fiestas, internación y velatorios) les fue confiriendo un lugar de privilegio dentro de cada uno de aquellos pueblos.

Una vez instalados, en casa ajena o propia, había que retomar viejos –y sanos– hábitos. El momento para el ocio y el divertimento diario fue tan funcional a las experiencias de los vascos como lo fueron los espacios donde se reunían para los pueblos nuevos que los acogieron.

14. *La Vasconia*. N° 48, 1895.

15. *Ibidem*. n° 49, 1895.